

## Los demonios de la guarda



Jose Luis Urrutia

# Los demonios de la guarda

 Txalaparta

*Título:* Los demonios de la guarda  
*Autor:* Jose Luis Urrutia  
*Diseño colección y portada:* Esteban Montorio

*Edición:*  
Editorial Txalaparta s.l.  
Navaz y Vides 1-2  
Apdo. 78  
31300 Tafalla  
NAFARROA  
Tfno. 948 703934  
Fax 948 704072  
txalaparta@txalaparta.com  
<http://www.txalaparta.com>  
*Primera edición de Txalaparta*  
Tafalla, mayo de 2004  
*Segunda edición de Txalaparta*  
Tafalla, septiembre de 2004

*Copyright*  
© Txalaparta para la presente edición  
© Jose Luis Urrutia

*Fotocomposición*  
Nabarreraia gestión editorial  
*Impresión*  
RGM

I.S.B.N.  
84-8136-369-3  
Depósito legal  
BI-2118-04

The logo for Txalaparta features a stylized graphic of three vertical bars of varying heights on the left, followed by the word "Txalaparta" in a serif font. A thick, dark, wavy underline is positioned beneath the text.

En un principio esta dedicatoria tenía otros destinatarios, pero en la época en que esta novela se estaba gestando conocí a dos personas que, como yo, estaban pasando por momentos difíciles y que con su amistad y compañerismo hicieron más llevaderos aquellos días... Txetxu Lozano (in memoriam) y Carmelo Sáinz de la Maza. Gracias por el cálido recuerdo.

También quiero enviar desde estas páginas un abrazo a Andrés Juaristi, de Igorre, que fue un poco *el ángel de la guarda* de los tres.

Asimismo, mi agradecimiento a Rafael Varón, miembro del Patronato de la Fundación Cultural Profesor Cantera Burgos, de Miranda de Ebro (Burgos), por su amabilidad y aportación bibliográfica

«Ni pudieran ningunos religiosos ni otras  
personas mitigar la yra de los coraçones quel  
amor de la libertad pudo tenplar».

*Memorial de diversas hazañas.*

Diego de Valera.

## Prólogo

«**P**asados algunos dias despues que estaban en Segovia, el Maestre entregó el Alcázar al Rey, y fue dada la tenencia del al Mayordomo Andres de Cabrera. En este medio tiempo vino allí el nuevo Conde de Haro á hacer reverencia al Rey: donde fue rescebido con mucho amor, y tratado con grand honra, asi por el Rey como por los señores de la Corte. E como por estonces avia grandes males de vandos é questiones en las provincias de Guipuzcoa y de Vizcaya, acordó el Rey de enviar allí con grandes poderes de Virrey al nuevo Conde de Haro; asi porque estaba muy vecino de ellos, como por ser el mayor, é mas poderoso de aquellas comarcas; y porque era caballero prudente é muy cuerdo. El qual obedesciendo lo que asi le era mandado por su Rey, fuélo a cumplir y ponerlo por obra, y entró muy poderosamente, segund que para tal caso convenia. Donde entrado, e obedescido por entrambas provincias, fecha su pesquisa con grand diligencia, halló que Pedro de Avendaño, é Juan Alonso de Moxica con algunos parientes é valedores suyos eran cabeza de vandos, á cuya cabsa se seguian mu-

chos escándalos, é muertes, y robos é males que de continuo se hacian. E asi administrando justicia, vistos los insultos que por ellos se recrescian, mandó por su sentencia que Pedro de Avendaño, é Juan Alonso de Mexica saliesen desterrados fuera de ambas provincias, é no tornasen á ellas fasta que fuese la voluntad del rey, é que para tornar les fuese dada expresa licencia de su Alteza, só pena de la vida, é de perder sus haciendas, si lo contrario hiciesen. E despues de justiciados muchos ladrones, é malhechores, quedó la tierra en grand paz é sosiego, si el Diabolo no tornára á sembrar su discordia, y á tender las redes de sus escándalos, para lo que despues subcedió, segund que adelante será recontado».

*Crónica del Rey D. Enrique el Quarto de este nombre*

# I

## **Monasterio de San Zoilo, Carrión de los Condes (Palencia) Invierno de 1471**

Los pasos de don Pedro Manrique de Lara rompieron la calma vespertina del monasterio. Su eco voló por claustro y pasillos hasta perderse en el punto final de un portazo seco. Entonces, nuevamente, sólo quedaron el frío y el silencio.

Don Pedro paseó la mirada por la pequeña celda hasta fijarla en la mesa colocada en su centro. Caminó hasta el ventanuco, el único espacio por el que la luz y el aire entraban hasta el interior de los gruesos muros. Con las manos cruzadas a la espalda, observó el cielo gris, mustio, la hilera de chopos que escoltaban al Carrión y que con él, como fieles centinelas, se perdían en la neblina helada de la tarde. Suspiró largamente. Giró la cabeza hacia la puerta por encima del hombro; la volvió al ventanuco.

Vendrían, de eso estaba seguro. Como todos los de su especie, aquellos dos hombres eran variables e imprevisibles, pero nadie atraviesa media Castilla para dejar su



misión a medias, y mucho menos misión tan importante como la que hasta allí les había traído. Vendrían, así lo habían prometido, aunque ninguno de los dos supiera el motivo real de la cita. Ahora que la fortuna parecía cruzar a aquellos hombres en su camino, sólo pedía al cielo que no se encontraran antes de llegar a él; lo había previsto todo para que así fuera, pero temía que el destino enredara a su antojo los hilos que con tanto esmero él había dispuesto.

Un ave oscura cruzó el río, los chopos, el cielo; su graznido áspero rasgó el silencio perfecto de la tarde. No era especialmente supersticioso, pero la imagen le causó cierta turbación y le hizo temer que fuera mensajera de malos augurios, provocando que su confianza en el buen resultado de aquella entrevista vacilara por un momento. Pronto vendrían... Las dos campanadas de la hora nona coincidieron con los dos golpes en la puerta; se volvió rápidamente y su invitación a pasar se confundió con las últimas vibraciones de los tañidos.

–Conde...

–Pasad, Pedro de Abendaño, hacedme el honor.

El recién llegado recorrió la estancia con un vuelo de su mirada y luego la depositó en el conde. Cerró la puerta tras de sí.

–Está fría la tarde –comentó don Pedro Manrique de Lara.

–Muy fría –ratificó Pedro de Abendaño–. Los inviernos de Castilla son insufribles.

–Muy diferentes de los de vuestra tierra, ¿verdad?

–Todo es diferente entre una y otra –sentenció caminando hacia la mesa.

Mientras se acercaba para estrechar su mano, don Pedro observó la actitud del hombre, su aire cansado, sus movimientos lentos, su barba negra salpicada de abundantes canas grisáceas, sus cabellos lacios desparrramados por los hombros y su gesto desconfiado y aparentemente nervioso.

–Os ruego me sigáis –pidió dirigiéndose hacia la puerta.

–¿Adónde? –preguntó Abendaño con recelo.

–Aquí cerca –respondió el conde, invitándole con un gesto a salir.

Caminaron hasta las escaleras de piedra y bajaron a la planta baja; en silencio recorrieron las sombras del claustro hasta llegar a un portón cercano al refectorio y a través de él a un sombrío pasillo a cuya izquierda se sucedían una hilera de puertas. Don Pedro se detuvo frente a una de ellas y tras llamar con los nudillos la abrió de par en par.

La estremecedora figura de Juan Alonso de Mújica apareció al fondo de la celda, ocupando el hueco de la ventana. Sus ojos se clavaron como rayos en los de Pedro de Abendaño, quien, abandonando la aparente intranquilidad mostrada hasta ese instante, le devolvió una mirada cargada de fuego.

–Pasad, os lo ruego –dijo el conde.

La boca de Pedro de Abendaño sólo se abrió para aspirar con fuerza y soltar después una lenta bocanada de vaho. Obedeció.

Sin tiempo que perder, don Pedro se acercó a la mesa e instó a sus invitados a tomar asiento. Así lo hicieron, colocándose uno en cada extremo, frente a frente, dejando al conde el sitio central, entre ambos.

–Señores –comenzó éste sin demora–, debo agradecer, en primer lugar, la confianza que habéis depositado en mi persona a la hora de buscar solución y remedio a vuestros males. Y si me he prestado a brindaros mi consejo y ayuda es, como ya por separado os adelanté hace unos días, por el bien de nuestras respectivas casas y nuestras respectivas causas, tan amenazadas ambas por los errores de un rey débil y soberbio y las ambiciones de unos nobles que no cesan de abusar... –calló un momento y miró a uno y a otro, que, claramente ajenos a sus palabras, se devoraban con la mirada–.

Señores... conozco perfectamente vuestra historia y la historia de los que antes de vosotros han llevado vuestro apellido, conozco el odio que enfrenta a vuestras familias y lo mucho que estar uno al lado del otro os enajena, pero os ruego, por lo mucho que os respeto y considero, que vuestra vieja enemistad no turbe el propósito que me ha llevado a tomar tan delicado paso, y que no es otro que el de alcanzar nuestra libertad y bien común.

—Pedro de Abendaño —espetó de pronto Juan Alonso de Mújica con la más sorda y dolida de sus voces—. ¿Dónde está mi padre que tú cruelmente con fuego mataste?

—¿Y qué recuerdo tendré yo —respondió el de Abendaño con igual tensión— de mi desdichado hijo, y de mis hermanos, ferozmente muertos a tus manos?

—Parientes, señores y amigos —intervino don Pedro Manrique de Lara mesándose las barbas con inquietud—, dejad de hablar de las viejas querellas, encomendadlas a olvido pues ya no tienen remedio, y hablemos de las cosas presentes, que más a todos deben importarnos. No pensemos en el dolor de los que de uno y otro bando perecieron. Más deben importarnos en este momento los sufrimientos de los que viven en miserable cautividad que la muerte de aquellos que en libertad la recibieron. Ninguna deshonra podría ser igual a la de vosotros, gente noble de Vizcaya a quien nunca la mano real pudo domar voluntariosamente, si permitiérais ahora el yugo infame que os quieren imponer —por vez primera desde su llegada, Mújica y Abendaño apartaron de sí sus miradas y las fijaron en don Pedro, quien, ante el efecto que sus palabras estaban causando, atemperó la voz, dejando el tono autoritario para adoptar uno digno del mejor convertidor de almas—. Vosotros, que el justo mandato de los reyes nunca quisisteis acatar, ¿permitiréis ahora el tirano señorío del conde de Haro? Pues recobrad las fuerzas que tan vanamente siempre habéis gastado en dañaros mutuamente a vosotros y a vuestros parientes y amigos, aunadlas para conservar vuestra libertad con mayor gloria y fama, y si ayudaos es menes-

ter aquí estoy yo que, no como principal, sino más bien como igual de vosotros, pondré la vida y estado por conservar vuestra antigua libertad.

El golpetazo de un pavés recibido años atrás en una refriega había partido en dos la ceja izquierda de Juan Alonso de Mújica, deformándosela en un gesto de perpetua insolencia, lo que, unido a la ferocidad de su mirada gris, confería a su rostro el aterrador aspecto que a tantos hombres había hecho orinarse en sus propias calzas. Don Pedro Manrique de Lara pudo comprobarlo una vez más aquella tarde cuando, al finalizar su plática, buscó respuesta en uno y otro.

—¿Cómo podré fiarme de que mi enemigo Abendaño no se unirá en el último momento al hombre que hace años le ayudó en la matanza de mi padre y que como miembro del mismo bando en más de una ocasión le ha prestado su apoyo?

—Y que hace unos meses no dudó en desterrarle, como a vos —respondió contundente don Pedro—. Amigos... —suspiró profundamente—, como yo, sabéis que por encima de los bandos y los apellidos están los intereses particulares, y el conde de Haro en estos momentos no reconoce más aliados que aquellos que se presten a mantenerle en el puesto de privilegio que el rey le ha otorgado, y no dudará, por mucho que desde siempre haya puesto sus armas a favor de los gamboínos, en cortar cuantas cabezas de esta parcialidad fuesen necesarias. Por ello es hora de que dejéis a un lado viejas rencillas y resquemores y antepongáis, por encima de pasados y apellidos, el futuro de vuestra tierra, porque de no obrar así, no tendréis lugar ni ocasión de seguir guerreando, ni habrá lugar en toda Vizcaya en que vuestras familias encuentren cobijo ni sosiego, y toda la gloria que vuestros antepasados consiguieron arruinaréis por vuestro mal entendimiento.

Pedro de Abendaño, con los brazos sobre la mesa, aguardó a que el vaho se evaporase en los labios de don Pedro y luego pronunció lentamente:

—¿Cómo habéis podido siquiera imaginar, don Pedro, que yo pueda poner mis armas y mis hombres en servicio de una causa que, aunque de muy remota manera, pueda beneficiar al hombre que mató a mi hijo amado? No acudí a vos para sufrir esta afrenta, conde, sino para solicitar ayuda para mi causa, sólo —puntualizó— para mi causa.

—Señores..., —pronunció el conde de Treviño tras meditar las palabras de Abendaño— mucho mal me causa el ver que vuestro odio y vuestro orgullo pesa más que el deseo de buscar remedio a los problemas que hasta aquí os han traído. Vuestras gentes, alertadas e injuriadas por el injusto trato que para con los vizcaínos está teniendo el rey y por los poderes otorgados al conde de Haro, más los que éste por su cuenta se ha arrogado, os han pedido, como caudillos que sois, que os lleguéis hasta mí en busca de consejo y ayuda. El destino ha querido que ambos, en secreto y por separado, hayáis emprendido el viaje y os hayáis presentado ante mí en idénticas fechas, y eso, que para mí es poco menos que un milagro, constituye para vosotros el mayor de los obstáculos —entornó los ojos y miró, muy lentamente, a uno y a otro—. ¿Qué diréis a vuestro regreso a aquellos que pusieron su confianza en vuestra cordura y buen hacer? ¿Cómo osaréis mirar a la cara a todos aquellos que por vuestra vana obcecación sufrirán el hierro de la tiranía y el fuego de la esclavitud? La responsabilidad de lo que vuestra desidia provoque caerá sobre vuestras conciencias, y ante los agraviados, los desterrados, los arruinados y los muertos deberéis rendir cuentas. Vuestras mujeres y vuestras hijas, que hasta hoy os vieron como señores, os verán como a siervos cuando os vean abandonar vuestro hogar camino de un nuevo destierro, cuando vean que os dejáis tratar como corderillos, cuando vean que vuestro orgullo y ferocidad son solamente fuegos de artificio, y se lanzarán en brazos de los hombres que dominan sus casas y que no tardarán en cortarlas para obtener sus favores. Ellos serán sus nuevos dueños. ¿Y vuestros antepasados? Desde sus tumbas,

¿qué creéis que dirán cuando vean cómo por vuestra dejadez se arruina lo que con tanto esfuerzo, con tanta lucha y tanta sangre consiguieron? Pedro de Abendaño, Juan Alonso de Mújica... –pronunció con voz cavernosa–, no es momento de enfrentamientos, sino de alianzas. Entended que la amenaza que el poder del de Haro significa no va dirigida contra uno de los dos, sino contra ambos; entended que en esta ocasión el mal del uno no apareja el bien del otro. Por la confianza en mí depositada, por la memoria de vuestros difuntos, por el futuro de vuestros hijos, os pido que dejéis a un lado los odios y diferencias que desde siempre os han dividido y os comprometáis a afrontar como hermanos una lucha que, de no ser así, ya tenéis perdida.

Tanto Pedro de Abendaño como Juan Alonso de Mújica guardaron silencio con los ojos puestos en el rostro del conde de Treviño, como rumiando sus palabras. De reojo, el de Abendaño miró al de Mújica. Hacía dos años de su último gran enfrentamiento. Aún recordaba el temor que asaltó a todos los que como él aguardaban en el interior de las murallas de Elorrio cuando Juan Alonso llegó ante la villa al frente de cuatro mil hombres y ordenó que se emplazasen las bombardas. Ni él mismo se explicaba todavía lo que pudo ocurrir entre las filas de su enemigo para dar lugar a la espantada que originó su gran derrota. Su gran pesar seguía siendo no haber podido acabar entonces con aquel malnacido y después con toda su maldita ralea. Pero era hora de no enconar los recuerdos con los fracasos que tanto escuecen ni de engorzar el orgullo con la dulce evocación de las victorias.

–Sea –exclamó–. Por mi parte dispuesto estoy a acordar lo que sin duda vos ya tenéis pensado.

Don Pedro Manrique de Lara esbozó una ancha sonrisa y su mirada, al igual que la de Pedro de Abendaño, se volvió al tercero en discordia. Las coloradas mejillas de Juan Alonso de Mújica no eran fruto del frío, como cuando había llegado, sino producto de la ira que le abrasaba y que le impulsaba a levantarse de la mesa y arremeter contra aquel hijo del diablo que le observaba

con aquellos ojos que de buen grado le hubiera arrancado con sus propias manos. Por encima de los años transcurridos, por encima del periódico dolor de sus piernas desde el aciago día de Elorrio, por encima incluso de su propio odio, odiaba al de Abendaño por haber sido el principal instigador de la muerte de su padre.

–Sea –admitió de mal grado.

El conde no ocultó su satisfacción y así se lo hizo saber a sus dos interlocutores, quienes, haciendo ímprobos esfuerzos por no saltar contra su enemigo natural, aquel que poblaba de pesadillas sus sueños, le dejaron hablar, esforzándose en no desviar la mirada de su rostro ni de perder frase alguna de sus labios. A pesar de ser el más joven de los tres –no llegaba a la treintena– el conde de Treviño gozaba de la confianza y el respeto de los dos banderizos. Quizás, en aquellos momentos, él era la única persona sobre la tierra capaz de sentarles ante una misma mesa. Ambos conocían el arrojo de aquel hombre moreno de cuidada barba y modales cortesanos, que para nada menguaban su talante firme y su probada valentía; sus hazañas en el campo de batalla, si no numerosas, daban prueba de sus dotes militares, y aunque ninguno de los dos compartía su sutileza ni su manera de hacer la guerra, le escucharon atentamente, en aquella tarde gélida de invierno, mientras la neblina crecía sobre los campos de Palencia y las sombras llenaban de oscuridad y frío la celda del monasterio.

–Si todo se desarrolla como vos auguráis–advirtió Juan Alonso una vez que el conde hubo expuesto su plan–, y no queda más salida que la de las armas, a ninguno se nos escapa que las fuerzas que pueden ponerse al lado del de Haro serán más numerosas que las que se unirán a nosotros.

–Bien decís, pero aparte de las nuestras propias, que no son pocas, puedo adelantaros que si las cosas se tornan feas podemos contar con las de Pedro López de Padilla.

–¿El Adelantado Mayor de Castilla? –preguntó Abendaño.

–El mismo –respondió con satisfacción.

–No olvidéis que su suegro es el maestre de Santiago, conde –apuntó Mújica–, y que éste no dudará en apoyar al de Haro y hacer lo posible por poner a López de Padilla de su lado.

–Bien decís, Juan Alonso; gran escollo es el parentesco que ambos mantienen y lo poco que ambos gustan de enfrentarse, pero no peço de insolencia si afirmo que, apelando a nuestra antigua amistad y a nuestras comunes campañas, el de Padilla no se negará, llegado el momento, a prestarme su ayuda. Creedme si os digo que a pesar de los pocos días que han transcurrido desde vuestra llegada muchas vueltas he dado a este asunto y mucho he meditado sobre él. Nunca me atrevería, por mi honor y por vuestro bien, a aventurarme en tamaña empresa si no tuviera garantías mínimas en mis fuerzas y capacidades. Por lo tanto, no es momento de dudar, amigos míos, sino de confiar. Lo más difícil ya está hecho –omitió aclararlo, en un repentino temor de estropear lo conseguido–. Por la confianza que en mí claramente habéis depositado os ruego que dejéis en mis manos los primeros pasos a seguir, que a su tiempo os iré informando del resultado de las cosas. Y ahora –irguió su espalda–, en calidad de amigo vuestro y aliado, os exijo juramento de luchar hombro con hombro, sin enemistades ni recelos que a ninguno convienen, en esta empresa que aquí acordamos, así como de no perturbar la paz aquí establecida.

Con el corazón latiéndole al galope y fingida expresión de frialdad, don Pedro Manrique de Lara, conde de Treviño, escuchó henchido el juramento que nadie, ni siquiera él mismo, hubiese creído oír jamás de aquellos labios. Y con idéntico orgullo e incredulidad contempló estremecido cómo aquellos dos hombres, que de haberse tropezado tan sólo una hora antes se hubiesen lanzado uno contra otro como dos fieras salvajes, estrechaban sus manos y juntaban –en un gesto tenso lleno de violencias contenidas– sus mejillas, y que antes de



levantar sus posaderas de las sillas habían acordado el casamiento de hijas e hijos de sus respectivas familias.

—Y ahora —exclamó pletórico el conde de Treviño— ¡regresad sin demora y sin temor a vuestra tierra, y arengad a vuestras gentes, y preparad vuestras armas! Y a nadie deis explicaciones de por qué desobedecéis al rey y rompéis el destierro, ¡que si el de Haro tuvo autoridad para desterraros yo tengo el coraje de devolveros la libertad!

## II

### Barajuen (valle de Aramaiona)

Juantxo detuvo el rastro, lo apoyó en la pared y, pegado al muro, se aproximó a la puerta de la cuadra que daba a la huerta, en la que su padre conversaba desde hacía rato con Pedro de Zubieta, del caserío Erdaide. No le importaba lo que pudieran hablar, pero lo que le parecía haber oído hizo que interrumpiese su labor y pegase la oreja a la hoja cerrada del portón. Poco después Zubieta se despidió y él, pensativo y ofuscado, regresó al interior de la cuadra, tomó la herramienta y siguió apilando boñigas y orines al fondo del canalillo de la porquería.

Aquella misma noche, mientras los cuatro aguardaban a que el guisado de verdura dejase de borbotear, preguntó sin apartar la vista de la grasienta olla colocada en el centro de la mesa:

—¿Es cierto que el señor de Torralde ha vuelto al valle, padre?

Desde el otro lado de la mesa y del vapor, Pedro de Sola frunció el ceño y miró a su hijo. Fuera, la lluvia de febrero golpeaba en las viejas maderas de la contraventana.

—¿Dónde has oído eso?

—Te lo oí a ti y a Pedro el de Erdaide cuando hablabais junto a la cerca.

El dueño de la casa contempló a su hijo con la misma expresión de cuando a punto estaba de soltarle una bronca o largarle una bofetada, pero sus ojos se desviaron, en una mirada fugaz, huidiza y cobarde, hacia su mujer primero y hacia su hija después, para acabar posándolos en el puchero y ordenar con voz ronca a cualquiera de las dos que removieran aquel potaje del demonio con el cucharón para ver si se enfriaba de una maldita vez, a lo que siguió una recriminación salpicada de maldiciones por su manía de calentar la comida hasta el punto de hacerla incomible.

La titilante luz de la vela situada sobre la artesa y de las llamas de la chimenea iluminaron un silencio de preguntas sin formular y de miradas que se rehuyeron entre sí durante toda la cena.

A la mañana siguiente Juantxo se echó el gabán, sacó las seis vacas y las condujo hasta la pieza. A diferencia de los demás días, se sentó bajo un roble y gritó al perro pastor que se echara y le dejara en paz. Estaba rabioso y malhumorado; su padre le había reñido, llamándole lenguaraz, y él, que sabía muy bien cómo se las gastaba el cabeza de familia, había soportado la reprimenda y el insulto con la mirada baja, sin entender el porqué de ocultar algo que en breve se sabría, como todo lo que atañía al señor de Torralde, y más si se trataba de su regreso al valle. Además, si la principal razón del enfado era la alarma que había despertado en las dos mujeres de la casa, pensaba que cuanto antes supieran éstas que el lobo había regresado al redil de las ovejas, mejor para ellas, que así andarían con mil ojos y sin la relativa tranquilidad que la ausencia del señor había dejado en los ánimos. «Más vale alarmadas que forzadas», pensó.

Con las piernas plegadas, el codo izquierdo sobre la rodilla del mismo lado y el puño en la mejilla, Juantxo de Saola daba vueltas una y otra vez a lo mismo mientras

sus ojos se clavaban, sin ver, en la hierba mojada. Meses atrás, cuando el señor de Torralde abandonó Aramaiona, él imaginó que sería para siempre, pues los hombres decían que este destierro en nada se parecía a los anteriores, ya que el rey de Castilla estaba más que harto de sus desmanes, así como de los del señor de Urkizu, Pedro de Abendaño, y que por eso había enviado al conde de Haro a Vizcaya para pacificarla, y que lo primero que éste había dispuesto era que ambos señores abandonaran sus tierras y no volvieran hasta que el rey lo ordenase, bajo pérdida de sus vidas. Aunque poca hartura debía ser la de aquel rey si tan pronto se le había pasado el calentón. Sin duda, para él, que tan lejos vivía de aquellas tierras dejadas de la mano de Dios, las andanzas de uno y otro no pasarían de ser simples contratiempos, pero para los habitantes del valle de Aramaiona, y más aún para los de la anteiglesia de Barajuen por hallarse en ella la fortaleza de Torralde, el sólo nombre de Juan Alonso de Mújica era la peor de las pesadillas.

Sin borrar el gesto enojado de su rostro, se levantó y bajó al caserío. En la penumbra de la estrecha cochiquera, su madre vaciaba las sobras de la cena y del desayuno en los comederos de piedra.

—¿Dónde estabas? —preguntó irguiéndose al sentirle llegar.

—Con las vacas, como todos los días —respondió sin detenerse.

—Pues corre a la pieza de abajo. Tu padre ha ido con las estacas para reparar la cerca movida por el último aguacero. Ha preguntado por ti varias veces y ha marchado hecho una furia.

—Mejor que tuviese furia para otras cosas —replicó enojado.

La mujer arrugó el ceño y repitió para sí las últimas palabras de su hijo antes de preguntarle:

—¿Qué has dicho, Juantxo?

—Nada.

–¡Juantxo!

El chico se detuvo y, desde el oscuro pasillo que daba a la cuadra de las vacas, se giró.

–¿Qué quieres?

–¿Por qué has dicho eso de tu padre?

–¿Por qué me lo preguntas si ya lo habías oído?

–¡Porque soy tu madre! ¡Y háblame con respeto o te cruzo la cara!

El muchacho abandonó su gesto de soberbia y bajó la mirada.

–Te he hecho una pregunta, ¿por qué has dicho eso de tu padre?

Juantxo miró a su madre, que seguía dentro de la cochiguera. Los dos cerdos comían ansiosamente, gruñendo sin cesar.

–Dímelo.

–Porque estoy harto de que sólo tenga genio para mí. Yo soy su hijo, y me abronca y me atiza cuando le viene en gana. Si tan fiero es, ¿por qué no lo demuestra enfrentándose al señor de Torralde? Mucho hablar de sus maldades y de esto y lo otro, pero cada año le paga sin rechistar el tributo. Tacha a otros vecinos del valle de cobardes, pero él es lo mismo que dice de todos ellos: una oveja asustada.

Sin parpadear, sin decir ni una palabra, casi sin respirar, la mujer permaneció largo rato mirando a su hijo. Éste, colorado como una manzana, ladeó la cabeza y comenzó a mordisquearse nerviosamente los labios. De reojo, vio a su madre salir de la pocilga, depositar sobre el murete el recipiente de barro y acercarse a él lentamente, con el delantal sucio y las manos pringadas de comida.

–Ven conmigo a la cocina –le dijo.

### III

#### Igorre (Vizcaya)

Llovía. La figura de la torre, difuminada bajo la cortina de sirimiri, apareció recortada contra el verdor borroso del monte, al otro lado del río.

Tirando suavemente de las riendas, detuvo su caballo y la contempló. Era su refugio, su casa, su hogar. Regresar a ella había sido siempre el mejor momento, la más grata sensación, daba igual que fuera después de un día de caza o de librar una batalla. Siempre fue así... hasta la noche en que uno de sus hombres llegó a ella con la noticia de que Juan, su primogénito, había sido llevado urgentemente a Artunduaga con el pecho destrozado por una saeta.

El infortunado había partido dos días atrás a Bilbao, en socorro de Diego Sanz de Basurto, cuya casa llevaba varias jornadas asediada por Juan Alonso de Mújica, Lope García de Salazar y otros oñacinos.

Ninguno de los físicos que le atendieron pudieron hacer nada por salvarle de la muerte. Durante tres días le vio gemir, sudar y palidecer, hasta el amanecer en

que, como librándose de un horrible tormento, lanzó su último aliento y cerró los ojos para siempre. La locura de su dolor no tuvo límites. Al frente de sus mejores hombres se desparramó por Gernika, por Zaldibar, por MUNDAKA, Bermeo... arrasó huertas, asoló cultivos, incendió pajares y fortalezas...

La lluvia caía lenta, inacabable, empapando los bosques, los prados, los caminos, las montañas. Desde el borde de su capucha, las pequeñas gotas oscilaban un instante y luego caían al vacío, estrellándose contra sus manos, rodando sobre su afilada nariz, colándose por entre su barba grisácea. A sus espaldas, los dos fieles escoltas aguardaban silenciosos e imperturbables.

¿Y ahora iba a unirse al hombre que trajo a su familia la mayor de las desgracias, al hombre que le había arrebatado lo que más quería, al hombre que le había segado el futuro?

Cerró los ojos y espoleó sin fuerzas a su montura.

## IV

Sin saber muy bien si alegrarse o arrepentirse de sus palabras, Juantxo siguió a su madre hasta la cocina y obedeció sin rechistar cuando ésta le indicó que se sentara junto a ella frente a la chimenea.

–Acabo de descubrir –comenzó la mujer con una expresión que su hijo jamás había visto en su rostro– que ya no eres un niño, Juantxo. Y es hora ya, por tanto, de que sepas ciertas cosas. A decir verdad, debería ser tu padre el que te hablara de ello, pero tal como es él –sonrió con ternura–, seguro que no sabría hacerlo.

Juantxo, que se había preparado para recibir una reprimenda, quedó con la boca abierta y los ojos clavados en su madre.

–Hace veinticinco años, o más –continuó ésta–, el amo del valle era el padre del señor actual, un hombre tan despiadado como su hijo, llamado Gómez González de Butrón. Hubo un día en que la escasez de la tierra fue tal que los hombres se vieron obligados a rogar al administrador del señor que les perdonase por un año de pa-



gar el tributo, pues la penuria era grande y privarse de un puerco, o de una gallina, o de una cabra, era llevar el hambre a sus familias. Los criados de la torre los echaron a patadas, amenazándoles con atenerse a las consecuencias en caso de no llevar a la torre, en la fecha acostumbrada, hasta la última corona de oro, hasta la última fanega de trigo –calló un momento, se inclinó sobre el fuego y removió el interior de la olla–. Aquello causó gran enojo en los hombres –continuó recobrando la postura–, algunos de los cuales propusieron acabar de una vez por todas con tanto atropello, y así, una noche de julio, encabezados por algunos de los Garai y de los Arexola, asaltaron la torre y redujeron a los esbirros de Gómez González.

–¿Vencieron a los soldados de Torralde? –preguntó excitado.

–Sí, pero ello se debió a que no había muchos que la defendieran.

–¿Por qué?

–Imagino que porque Gómez González estaba tan seguro de que nadie osaría jamás levantarle la voz, que mantenía su fortaleza con poca guarnición.

–¿Y qué hicieron con ella los hombres del valle?

–Pues lo único que podían hacer: buscar rápidamente otro señor, alguien que, si bien les exigiese como todo señor, aquí y en todo lugar de la tierra, no les oprimiese hasta el punto de matarlos de hambre ni de tratarlos como animales, y que al mismo tiempo se afanase en protegerles, aunque fuese por intereses propios. Y nadie mejor que el mayor enemigo de Gómez González: Pedro de Abendaño. Poco tardó éste en aceptar el «regalo» y menos en mandar a sus hombres a ocupar la torre, y cuando...

–¿Torralde fue de Pedro de Abendaño? –preguntó asombrado.

–Sí, durante un tiempo. Hasta que unos años más tarde, no muchos, la recuperó Juan Alonso de Mújica, el

hijo de Gómez González, que ya había muerto para entonces, en Mondragón.

—¿También la defendieron mal los soldados de Pedro de Abendaño?

—No —sonrió—. Esta vez no hubo lucha. Unos dicen que fue orden del rey de Castilla, otros que se trató de una simple venta; pero el caso es que de nuevo el valle de Aramaiona estaba bajo el pie de sus antiguos dueños. La venganza de este malnacido no fue inmediata, se hizo esperar, pero llegó, para desgracia de los que un día no hicieron otra cosa que reclamar lo suyo. Y entre ellos estaban, por ejemplo —su voz se engrosó repentinamente—, Pedro de Erdaide y tu abuelo paterno, Semerón —los ojos de Juantxo relampaguearon por un instante—. El nuevo señor de Torralde sabía los nombres de todos y cada uno de ellos, sabía dónde vivían... y no tuvo piedad. Tu abuelo Semerón fue reclamado a la fortaleza. Tu padre y tu tío Juan, se acercaron hasta allí para preguntar por él, para saber por qué estaba siendo retenido. El alcaide les dijo que el preso iba a ser juzgado por viejos desmanes, y ante la protesta de tu padre y de tu tío los echó a patadas. Cuatro noches después —la mujer calló, perdiendo la firmeza mostrada hasta aquel momento y, por primera vez, sus ojos se apartaron de los de su hijo—, tu abuelo apareció colgado de las almenas de la torre. Unos vecinos nos avisaron al amanecer, y todos, tu padre, el tío Juan, la tía María, yo, corrimos allí, y durante todo el día permanecemos al pie de la torre, contemplando su cuerpo sin vida, pendido de una soga como un guiñapo, con el cuello partido y los miembros rígidos como varas. Meses más tarde Pedro de Erdaide corrió igual suerte, y como ellos otros cuantos. Todos los que osaron rebelarse contra su difunto padre pagaron de una u otra manera su osadía, y en cierto modo lo seguirán haciendo, lo seguiremos haciendo —matizó con dramático convencimiento— por el resto de nuestras vidas, o hasta que alguien acabe de una vez por siempre con tanta injusticia. Por eso, hijo mío, no achaques a la debilidad el que tu padre acate las órdenes del señor, ni

que acuda a guerrear cuando es requerido, ni que no levante la voz contra él, que no es por cobardía, sino por todo lo contrario, pues muy valiente se ha de ser para contener tanta ira y tanto fuego como le quema la sangre; ten por cierto que harto más difícil es para tu padre el frenarse por los suyos que empuñar una azada y liarse a golpes con los asesinos de su padre aunque en ello le fuera la vida. Con su silencio –añadió esbozando una triste sonrisa ante el gesto emocionado del chico–, tu padre nos protege a todos.

## V

### Palencia

A partir de Fromista el camino se veía cubierto por la nieve caída durante la noche, y al llegar a Amusco la blancura del paisaje era tal que los molinos levantados en las orillas del río Ucieza casi pasaban desapercibidos a la vista.

Los cuatro hombres descabalaron en el patio del caserón, y mientras tres de ellos quedaban al cuidado de las monturas, el conde de Treviño subía a la primera planta del edificio. Lo primero que hizo fue hacerse servir un cuenco de caldo para combatir el frío del viaje, y lo segundo mandar a buscar a su mayordomo, Rabí Yuce Milano. El judío acudió poco después, envuelto en un amplio tabardo, con los ojos húmedos por el viento y las mejillas coloradas; se tiró a la espalda el capuchón, dejando sobre su cabeza su sempiterno sombrero redondo. No le hizo falta que el señor de la villa abriese la boca para saber que había llegado de buen humor: sus hermosos ojos tostados le miraron con un brillo especial y sus labios le dedicaron la mejor de las sonrisas. El con-

de le invitó a compartir su caldo o a una copa de vino, a lo que él, disgustado por el poco tacto –inhabitual por otra parte en el conde–, respondió con un gesto de desagrado. Tomaron asiento junto a la chimenea baja del salón, y el de Treviño expuso la razón de su visita y, aunque no tenía por qué, los planes que tenía pensado llevar a cabo en un futuro inmediato.

–Don Pedro... –pronunció Rabí Yuce cuando su señor hubo acabado–. Sabéis que nada sé yo de asuntos de palacio ni del tejemaneje de la nobleza ni de la conveniencia o inconveniencia de ciertas empresas, pues apenas salgo de esta comarca y mi papel en la vida es servir a vos y a los de mi comunidad, pero ciego ni sordo soy, ni, a pesar de mi ignorancia, se me escapan los riesgos que puede conllevar el promover un enfrentamiento de esa magnitud. Vuestro primo, el conde de Haro, es hombre audaz, poderoso y arrojado. Goza del favor del rey de Castilla, así como de gran parte de la nobleza, y si os ve encarado a él, y desafiante, no se amilánará. Muy al contrario, se esforzará en el empeño, pues una victoria sobre vos le reportaría, sin duda alguna, la posesión sobre vuestro condado de Treviño, que desde hace años le quita el sueño. Perdonadme si mis juicios son errados, señor, os repito que poco entiendo de asuntos cortesanos, pero pienso que en éste más tenéis que perder que ganar.

–No erráis del todo, buen Rabí –respondió don Pedro Manrique de Lara jugueteando con la copa que tenía entre las manos–. Pero no alcanzáis a ver que de una u otra manera mi condado de Treviño corre gran peligro. Si me mantengo al margen de esta disputa mi primo tendrá más facilidades para entrar en Vizcaya y hacerse con ella. Mújica y Abendaño tienen hombres y son bra-gados como pocos, pero carecen de organización y precisan de alguien que les dirija. Y ése es mi papel, Rabí, ser su jefe, añadir a su gente un mínimo de orden, un mínimo de disciplina y, claro está, mis hombres –bebió un trago y quedó mirando a las llamas–. Aunque el resultado de las contiendas jamás puede saberse antes de ser

libradas, no penséis que me he aventurado en ésta a ciegas, ni por gusto. El de Haro entró el pasado año en Vizcaya con poderes de virrey, y si no hay quien le eche el freno someterá aquellas tierras y su poder será tan inmenso que no habrá quien pueda despojarle del mismo. Se dice que, amén de otras prebendas, el rey le ha prometido los diezmos de la mar. Si no cortamos todo eso de raíz, y cuanto antes, eso que decís sobre mis tierras de Treviño se cumplirá tarde o temprano. Como veis –crispó el gesto–, no tengo otra salida.

Los dos hombres callaron, mientras el calor de las llamas iba sacando el frío de sus cuerpos.

–Pensad, don Pedro, que enfrentándoos a vuestro primo os enfrentáis también al rey, y ello puede traer graves consecuencias en el futuro.

–El rey... –exclamó el conde con desprecio–... una simple marioneta, Rabí Yuce, una simple marioneta en manos de nobles que le están sangrando sin pudor alguno. Y él se muestra incapaz de poner coto a tanto abuso. Si hubiera sido un rey firme no hubiera permitido las licencias que el de Haro se tomó en Vizcaya. Hostigando a nobles varones, humillando a gente distinguida... –sacudió la cabeza.

–El rey le otorgó poderes de virrey, señor.

–Y con ello atentó contra los derechos de aquellas gentes –replicó don Pedro con dureza–. Ningún rey puede enviar virrey a Vizcaya; a lo sumo un juez o pesquisidor extraordinario. Esas gentes tienen leyes y acuerdos desde tiempos remotos, y entre esas leyes y acuerdos está el que puedan desligarse del rey en caso de claro agravio, y éste lo es, y mucho. Tendríais que haber visto al conde de Haro llegando hasta las playas de Vizcaya vestido como un emperador, haciendo gala de poder y fuerza, entrando en villas y pueblos como señor de todos ellos. El rey le envió a pacificar aquellas tierras, y él se tomó por su mano cuantos poderes quiso; no se limitó a castigar a los culpables, entró allí con desmedida fuerza de caballería, intimidando a las gentes con conti-

nuas escaramuzas a la usanza de los africanos. Fue enviado a establecer justicia, a devolver el sosiego a los agraviados y no supo hacerlo; su orgullo y su soberbia le llevaron a granjearse la enemistad de todos.

–Y esos aliados vizcaínos de los que habláis –dijo después el judío–, ¿son de fiar?, ¿serán capaces de dar la talla ante un asunto que excede los límites de su tierra, las trifulcas cotidianas?

Don Pedro Manrique de Lara no pudo evitar una carcajada y su risa rebotó, gruesa y clara, en las paredes de la estancia.

–¿Capaces, decís? –preguntó, aún entre risas–. Esos bárbaros serían capaces de enfrentarse al mismo diablo si en ello les fuera la pérdida de su libertad –clavó sus ojos en la copa que sostenía en su regazo y sacudió la cabeza–. Y no despreciéis su experiencia. Uno de ellos es ballestero del rey, y tanto ellos como sus padres han peleado al lado de los reyes de Castilla allí donde falta ha hecho. Son mercenarios, Rabí Yuce, y de corazón os digo que nada en este mundo me gustaría menos que enfrentarme a ellos. Y de esa bravura me fío y en su terquedad apoyo mis propósitos, que ellos pondrán la fuerza, la fiereza y un buen puñado de hombres que llevan combatiendo desde el mismo día de su nacimiento, y yo pondré mis buenos soldados y mi sapiencia militar. Después... que el buen Dios decida, que por mi parte nada más puedo hacer.

El judío abandonó la casa poco antes de comer. Bajo una débil nevada se internó en las calles desiertas, con el pensamiento preocupado y la convicción de que don Pedro no era sincero consigo mismo. ¿Por qué otro motivo, sino el de tranquilizar su propia conciencia, le había hecho partícipe de asuntos que a él en poco le incumbían? Ciertamente, a juzgar por el cariz que presentaban las cosas, don Pedro se encontraba entre la espada y la pared, pero se jugaría su propio pellejo de viejo judío a que aun cuando el problema le hubiera tocado de lado se habría metido en él de cabeza solamente por vengar las afrentas

que el conde y la condesa de Haro venían infligiéndole desde hacía tiempo. Estaba seguro de que cuando don Pedro recibió la visita de aquellos dos bárbaros vizcaínos no le cabrían las carnes en las ropas de pura satisfacción.

Tiritó. Ahora, como el mismo conde había dicho, todo resultaría como el buen Dios quisiera. Él sólo deseaba llegar a su casa, comer algo caliente y beber una copa de vino. De vino *kaser*, claro estaba.





## VI

Desde que su madre le contara lo sucedido con el abuelo Semerón, Juantxo de Saola no podía quitarse de la cabeza la imagen del anciano ahorcado en las almenas de la fortaleza. Por dos años no lo había conocido, pero ahora era como si él también hubiera estado aquel día al pie de los muros.

A pesar de los razonamientos que su madre le diera, la idea sobre su padre no varió demasiado. Le seguía pareciendo servil y sumiso, y eso le encorajinaba, sobre todo cuando recibía sus reprimendas; nunca le perdonaría las voces y los insultos, pero un nuevo anhelo había nacido en su joven pecho: le demostraría que él sí era capaz de acabar con todo aquello, y no recurriendo a otros señores, sino acabando con el mal en sí mismo: mataría al señor de Torralde. Sólo restaba resolver una duda: ¿cómo hacerlo?

La solución comenzó a vislumbrarse al domingo siguiente, tras la celebración de la misa. Entre los feligreses de la anteiglesia de Barajuen no existía otro tema de

conversación y, de esa manera, Juantxo se enteró de que el señor había regresado, efectivamente, del destierro, y que sólo había pasado una noche en Aramaiona, partiendo al día siguiente hacia Bilbao.

De vuelta al caserío, pensó que nada de extraño había en ello, pues el señor nunca había pasado grandes temporadas en el valle. La casa-torre de Torralde era fría e incómoda y, a menudo, se alojaba en el caserío de alguno de sus secuaces. Además, según se decía, Juan Alonso prefería las tierras de Butrón, cuya torre, según se decía también, era su favorita entre todas las que poseía repartidas por sus dominios. Lo nuevo era que, al parecer, había regresado de su destierro sin el consentimiento del rey, y que a juzgar por el movimiento de gentes que en la torre se había visto el día de su llegada y la premura con que partió con sus mejores hombres por el camino de Ochandiano, algo gordo se estaba cociendo.

No tardó en saberse. Y la noche de ese día, los hombres en edad de guerrear durmieron encogidos. Él no sería llamado con los demás, pero no fue ése el motivo de que a la mañana siguiente se levantara risueño y decidido. Durante el desayuno miró a unos y a otros con una alegría que ninguno de ellos advirtió y, a su término, salió del caserío por la puerta de la cuadra y tomó el camino que llevaba a la fortaleza.

El grueso portón se encontraba abierto. A la entrada dos hombres platicaban animadamente. Al verle acercarse le miraron sin prestarle atención, pero al detenerse junto a ellos le observaron como a un bicho raro.

—¿Qué quieres? —preguntó el de la barba rubia.

—He oído que el señor va a llamar a las gentes del valle para batallar.

—¿Y qué tiene que ver eso contigo?

—Yo también quiero ir. Deseo luchar a su lado.

Los dos sujetos se miraron a un tiempo, con idéntica sorpresa en sus rostros duros.

–¿Cuántos años tienes, mocoso? –preguntó el de la cicatriz en la frente.

–Trece, señor.

–Vete para tu casa, infeliz –replicó malhumorado–, tiempo tendrás para luchar cuando tengas edad y cuerpo para ello.

–Cuerpo no me falta, señor. Soy capaz de cargar un saco de medio quintal, y mis brazos están acostumbrados a cortar leña y a segar. Tocad –y acompañando sus palabras ofreció un brazo al hombre, que se echó a reír violentamente.

–¡Jamás había visto tanto interés en acudir a la manzana! –exclamó entre convulsiones–. ¡Por mi alma que un burro ha debido cocearte esa cabeza que tienes! ¡Anda y no molestes más, regresa a tu casa!

–¡Por favor, señor! –rogó–, dejadme...

–¿No has oído? –exclamó el otro–, ¡lárgate de una vez!

–¿Qué ocurre aquí? –preguntó un tercer hombre surgiendo de la torre–, ¿a qué vienen estos gritos?

–Es por este mozalbete, señor. Está emperrado en tomar las armas.

El recién aparecido, con los brazos en jarras, estudió al chico de arriba abajo, desde las embarradas abarcas hasta los cabellos espesos, sucios y enmarañados.

–¿Tomar las armas? –preguntó–. ¿Para qué?

–He oído que van a hacer falta hombres, señor, y quiero combatir... –súbitamente, palideciendo, se interrumpió y miró al hombretón con ojos asustados–... ¿Sois vos... el señor... de... Torralde?

–No, no lo soy –respondió a punto de echarse a reír–, pero en este momento como si lo fuera. Soy Juan González de Morga, su hermano, y alcaide de esta torre. Y tú, ¿quién eres?

–Me llamo... me llamo Juantxo, señor, y...

–¿De qué familia eres?

Juantxo de Saola tragó saliva, deseando no estar allí, arrepintiéndose amargamente de la locura cometida. Sus tripas se retorcieron y un sudor frío brilló en su frente.

–¿Qué...? –tartamudeó– ¡Qué más da, señor! Mi único afán es servir al señor de Torralde.

–¡Serás atrevido! –exclamó uno de los hombres asiéndole bruscamente del cuello del gabán–, ¡vuélvete ahora mismo a tu casa o lo harás sin orejas!

–Déjale –ordenó el alcaide con una divertida sonrisa en sus labios apenas visibles bajo la barba–. Si tanto interés tiene en servir a su señor más de una cosa habrá en que pueda ser útil –entornó los ojos. Los hombres guardaron silencio. Juantxo aguardó sin respirar–. Sígueme –exclamó Juan González de Morga; y girando sobre sí mismo atravesó el umbral. Trastabillando, sobre dos piernas que más bien parecían juncos tiernos, Juantxo de Saola penetró en el interior de la siniestra fortaleza.